



JAVIER SICILIA

LA DESCOMPOSICIÓN MORAL

Es innegable que el primer responsable de la violencia que padecemos desde hace casi 20 años es el Estado. Su estructura clientelar, la corrupción de quienes lo administran, el uso del erario público como botín para mantener el poder, la justicia como método de venganza e impunidad y un largo etcétera, han ido corrompiendo a grados inimaginables el alma del Pueblo. Lo que todos sabíamos del Estado, pero que por decoro hasta hace unas décadas estaba fuera del discurso y de las enseñanzas cívicas, se ha vuelto parte explícita de la moral pública y del discurso oficial. Como un lodazal en donde las fronteras entre el agua y la tierra quedan borradas, la moral cívica y los lenguajes que pertenecen al submundo del narco se han entremezclado al grado de que en los últimos cuatro años ya no sabemos dónde empieza uno y termina lo otro.

Esta absurda y extraña trama que viene tejiéndose desde que el PRI señoreaba a la nación (Alito y Layda Sansores son una muestra de esa deleznable pedagogía larvada en el Estado) tuvo uno de sus momentos más sobrecogedores durante la conmemoración del Grito de Independencia. Con excepción de Peniley Ramírez y otros, la mayor parte de la prensa, pendiente de las frivolidades políticas, lo pasó por alto, lo dejó en un segundo plano, como si la presencia de Los Tigres del Norte que, después del Grito, abrió los festejos de la Independencia con el narcocorrido de "El Jefe de Jefes" hubiese sido sólo la ocurrencia de un presidente que tiene gusto por llenar plazas y agasajar al pueblo con lo que le gusta. Mirándolo fríamente, el acontecimiento fue en realidad la manifestación de los grados de descomposición moral de

un país y de un Estado, junto a la pedagogía moral que guarda la conmemoración del Grito; junto al encumbramiento de los héroes patrios y de los muertos a la corrupción, al clasismo y al racismo, la exaltación, con "El Jefe de Jefes", del poder sin restricciones, del dominio mediante la arbitrariedad. Como si fueran equivalentes, Grito y letra fueron coreados con la misma enjundia y la misma ausencia de discernimiento por las 140 mil personas que abarrotaron la plancha del Zócalo.

El corrido de "El Jefe de Jefes", como mucho de la música banda de hoy, es una forma perversa de las narraciones poéticas que surgieron en España durante la Edad Media y que en la Revolución Mexicana adquirieron un ethos particular. No forma parte de la tradición que conmemora el Grito, sino de la "cultura" del crimen organizado que, a través de series, películas, música y lo que Rossana Reguillo llama "narcoñol" –"ejecutados", "encajuelados", "encobijados", "entambados"...–, se ha ido apropiando de lo mejor de la cultura popular cargándola con sus contenidos siniestros y colonizando el lenguaje y el alma de la nación.

Según algunos, el personaje de "El Jefe de Jefes" es Miguel Ángel Félix Gallardo, quien busca ser excarcelado para continuar su condena en prisión domiciliaria. Según otros es Arturo Beltrán Leyva, a quien también apodaban de esa forma y murió acribillado por la Marina en 1997.

Tenga la intención de elogiar a uno o a otro o –como lo señaló su autor, Teodoro Bello, en una entrevista– de relatar "los hechos del pueblo"; haya o no estado dedicado de manera implícita a un presidente que se pasa por el forro las leyes, las instituciones y amenaza como un narco desde el púlpito de las mañaneras, lo que "El Jefe de Jefes" narra son las proezas del "chín-gón", del "macho" por excelencia, del que ▶



Viene de la
página anterior

"la tiene más grande y todos se la pe-
lan". No es el canto del héroe que se la
juega por la patria, del mártir civil, de
las mujeres y hombres que entregan su
vida por la justicia y la dignidad, sino
la loa al yo -"soy el jefe de jefes, se-
ñores"-, a la omnipotencia -"muchos
quieren escalar mi altura/ nomás miro
que se van cayendo/ han querido ara-
ñar mi corona/ los que intentan se han
ido muriendo"- y a la arbitrariedad y el
sometimiento de todo -"muchos gran-
des me piden favores/ porque saben
que soy el mejor/ han buscado la som-
bra del árbol/ para que no les dé duro
el sol"- . Y, sin embargo, como una ex-
presión del lodazal en el que se ha con-
vertido México, héroes y criminales se
entretajeron esa noche que absurda-
mente conmemora la Independencia.

El hecho no es menor. Cuando en
medio de una de las más importantes
fiestas nacionales y dentro de un con-
texto atroz de violencia, un gobierno y
un pueblo pueden sentirse representa-
dos por "El Jefe de Jefes" y ver en ello
los "hechos del pueblo", sus gestas y
la expresión de su alma, es que hemos
llegado a un alto grado de degradación
moral, en el que las instituciones y las
narrativas de los héroes que las hicie-
ron posibles se vuelven decorados y
cascarones vacíos dentro de una ex-
traña y absurda trama. Lo que en rea-
lidad vivimos es una nación rota, que
aprendió a introyectar la "cultura" del
narco -ya en germen dentro del Esta-
do-, a normalizar las violencias como
modo de vida y a hacerlas explícitas
sin pudor alguno. Roída en su esque-
leto moral, colonizada por lo siniestro,
que se hace pasar por cultura popular,
una buena parte de la gente de este
país, empezando por muchos que con-
forman los gobiernos y los partidos, se
ha vuelto un vehículo sin control de lo
deleznable que anuncia formas nue-
vas de dictadura y totalitarismo.

Además opino que hay que res-
petar los Acuerdos de San Andrés,
detener la guerra, liberar a todos los
presos políticos, hacer justicia a las
víctimas de la violencia, juzgar a go-
bernadores y funcionarios criminales,
esclarecer el asesinato de Samir Flo-
res, la masacre de los LeBarón, dete-
ner los megaproyectos y devolverle la
governabilidad a México. ●